

nificante importancia, hasta que, con su reedificación por completo á mediados del siglo XVI ó principios del XVII, las adquirió y grandes.

Entonces puede asegurarse que se labró de nueva planta, y á nosotros se nos figura que la munificencia de algunos personajes enriquecidos en la reciente conquista de América y preocupados con las ideas timoratas de la época, contribuyó á enterrar sumas imponderables, que según los inteligentes, subirían á muchísimos miles de duros.

Cierto que todo el edificio es de piedra sillera; que la solidez, elegancia y la severidad están llevadas á un grado superlativo; que la iglesia es de una sola nave, de un hectómetro y cinco decímetros de

longitud, y de otros cinco decímetros de latitud; que pertenece al gusto depurado; que se asemeja á una de nuestras mejores catedrales; que cualquiera diría que había sido dirigida por los Toledos y los Herreras; que tiene ocho capillas; que la espadaña de la torre es un modelo perfecto y acabado en su clase, y que nada se echa de menos, porque es un todo completo en su género. ¿Y quién diría que esta joya arquitectónica, respetada como pocas por la guerra civil, por haber servido de hospital á veces para ochocientos enfermos de los ejércitos de nuestra idolatrada Reina, había de haber quedado convertida en solos doce años en un gigantesco é incompleto esqueleto? ¿Quién hubiera pronosticado que su iglesia había de servir, según sucede, de depósito de maderas y



(El ex-convento de San Francisco en Miranda de Ebro.)

de paja, sus capillas de rediles de ovejas, y que en lugar de los cánticos y preces que diariamente se elevaban al Rey de todos los reyes y al Señor de todo lo criado, no se oyese más que el ruido monótono de una sierra, el de los cencerros y balidos de algunos cientos de reses lanaras, y las palabras bruscas y aun obscenas de jornaleros y pastores? ¿Quién que la pieza del refectorio se había de convertir y trasformar, de repente, en un bonito teatro? ¿Qué poca estabilidad tienen las cosas humanas! ¡Cuánto mas cambia y destruye la mano del hombre, que la acción eficaz, activa é incansable del tiempo!

Sabemos que el ayuntamiento de Miranda de Ebro, comprendiendo lo necesarísima que es la conservación del ex-convento que describimos, por si llegase á ocurrir una nueva guerra ó una peste, se ocupa en allanar las dificultades insuperables que ha habido los años anteriores para adquirirle, y en proporcionar medios y recursos á fin de trasladar desde luego, á sus espaciosos salones, el hospital de la población y aun las escuelas de niños y niñas, cediendo el resto á vecinos necesitados, y ojalá que sus pasos y esfuerzos se vean coronados pronto del mejor y mas completo éxito.

REMIGIO SALOMON.

EL ESPEJO DE LA VERDAD, cuento fantástico.

(Continuación).

VIII.

EN EL PARTO.

Como queda dicho al comienzo del capítulo anterior, con la rabia del rey Anónimo hubo la de Dios es Cristo en el país. Nadie se entendía, ni lo entendía nadie. Los ministros gobernaban á su antojo en nombre del rey, y decreto va, decreto viene, me pusieron mal parados

á sus enemigos. No tenía la reina mucho cacumen, como ya van conociendo los lectores, y ocupada además en su embarazo y en llorar su marchita hermosura, ni un bledo se le importaba de que la nave del estado se fuera á pique.

Con esto el gacetero iba ganando influencia de cada día mayor. Él aconsejaba á la reina en sus artículos sobre las modas del vestir que caían mejor á las embarazadas reales, y aconsejaba al gobierno sobre el modo de gobernar peor, aunque él ya se lo sabía. Introdujose por arte de birlibirloque en la régia cámara, y llegó á ser el confidente mas querido de Teodolinda.

Del pobre Anónimo entre tanto no se acordaba nadie.

Pretendía la reina que se le encerrase en una jaula de oro; pero el ministro de Hacienda se opuso á aquel despilfarro, porque el país no estaba como él lo quisiera en este caso; opinó el gacetero por el emparedamiento; pero se dió en la dificultad de que el rabioso era pacífico, y se contentaba con correr á escape por los inmensos jardines del palacio, con que si lo emparedaran, podía estrellarse los sesos en los muros de su prision. Al tratar este punto convenían todos en que era urgente precaver el contagio de la hidrofobia del rey: Teodolinda en particular, que se hallaba muy contenta en aquel estado. Al fin se decidió casi unánimemente que se le pusiera una mordaza, y se le dejase dueño de todas sus acciones.

De pocos reyes cuenta la historia una felicidad mas infeliz que del Anónimo. Ni su muger ni el estado le turbaban el sosiego.

Llegó por fin el día en que la luna del parto iba á rayar en el horizonte de Teodolinda. Preparaban los médicos sus chismes, y los boticarios componían sus drogas. El pueblo, con tanta boca abierta, no sabía sino que esperaba una droga, y en su bolsillo una operación quirúrgica.

Bien conoció Teodolinda desde aquella mañana que era llegado el trance cruel. Encomendose muy de veras á su protectora la bruja, y repitiendo para que no se le olvidara la invocación á Merlin, despidió de su aposento á las camaristas todas, que se llenaron de asombro con